

PALABRAS PARA ADOLFO GARCÍA ORTEGA

A PROPÓSITO DE *AUTÓMATA*

Nicolás Miñambres

Presentación

Confieso mi pudor al intentar hablar sobre *Autómata*, la bella y compleja novela que mereció el Premio de la Crítica de Castilla y León, convocado por el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua. Esa nave literaria que en estos páramos de Castilla y León navega airosa (como el *Minerva Janela*, ese barco que lleva a Punta Arenas a Oliver Griffin, el protagonista de *Autómata*) dirigida por la mano sabia de Gonzalo Santonja. A él agradezco su confianza en mí para reflexionar sobre la novela de Adolfo García Ortega y los organizadores de la Feria del Libro de Valladolid por su excelente acogida.

No es fácil hablar de una obra concreta de Adolfo García Ortega. Cualquiera de ellas recibe la feliz contaminación de su vasta y variada cultura. Ninguna de sus obras parece haber surgido como un raptó de *bendita* inspiración. El extenso e intenso sustrato cultural del escritor (poeta, ensayista, autor de novelas, prestigioso director editorial...) explica que de su pluma haya surgido una novela tan compleja y original como *Autómata*. En tiempos de tanta *esencialidad regional o autonómica*, en momentos en los que la autobiografía sirve de semilla creativa invariable (muchas veces raquíca y además limitada, a tantos escritores) la publicación de una novela como *Autómata* abre nuevos horizontes y esperanzas.

Como es frecuente, el solapista anticipa sólo relativamente el contenido de la obra, en la que coinciden géneros diversos y técnicas literarias variadas. De entrada hay que advertir que *Autómata* (término alusivo a los muñecos mecánicos elaborados por inventores en la Praga del siglo XVI, como es el caso de Melvicio o Löw, de gran importancia en la novela) es un título cargado de polisemia, cuyos variados significados se extienden desde el siglo XVI hasta los tiempos actuales. Concretamente hasta el 21 del mes de enero de 2001, duración de la génesis de la obra.

Estamos ante una novela narrada en primera persona, si bien el autor no es, en teoría, más que el receptor de una curiosa y atractiva versión oral, la que le hace Oliver Griffin, narrador-protagonista. Dicho narrador se le presenta al escritor de forma casi injustificada en el mirador del hotel Carlton, en Funchal. Oliver Griffin lo aborda *con la suavidad de un amabilísimo narrador que me hubiera elegido para charlar un largo rato despreocupada, pero confidencialmente*. El misterioso tipo tiene una personalidad peculiar, llamativa, que el lector asimila de inmediato, aunque asista casi a un comienzo *in medias res*. De él sabremos, como presentación que...*Dibujaba islas, las inventaba, y ésta era la práctica que hasta entonces más le había interesado en la vida, según me dijo Griffin...*(p.11). Esta obsesiva y enfermiza afición pictórica irá tomando cuerpo y justificación a lo largo de la obra:

Había dibujado la isla de su obsesión, pues así la definió desde el principio, cientos de veces en este año. Era un ejercicio para no olvidarla (...) La dibujaba para que adquiriese entidad mientras no hubiese llegado a ella en el viaje que pensaba hacer y no pasara a ser así verdadera, física y geográficamente (p.12).

En esta presentación se aprecia la condición de lo invisible, decisivo en ciertos pasajes de la obra: *Eso mismo de la invisibilidad, prosiguió, tan importante en mi vida y nombre, me ocurrió con mi isla: primero fue ficticia, luego fue real, y luego fue ficticia otra vez. Como mi nombre, insistió en hacerme observar* (p.14).

La referencia a la “invisibilidad” me lleva (antes de adentrarme en mis reflexiones sobre la novela) a anticipar algunos aspectos que no podré desarrollar con detalle. Esa “invisibilidad” le permite, por ejemplo, a Adolfo García Ortega hacer un apasionado homenaje al cine, al narrar las tribulaciones humanas de Whale, el director de *El hombre invisible*. Pero no es él único homenaje. La novela *Moby Dick* de Herman Melville está entre los destinatarios del homenaje de estas páginas de *Autómata*, en la que aparecen docenas de referencias literarias y nombres de autores.

Conviene advertir que, cuando Griffin narra su experiencia ya ha conocido materialmente esa isla de sus sueños y de sus

actividades pictóricas. Se trata de la **Isla de la Desolación**, destino del viaje que ha hecho y que él mismo está narrando al novelsita. Griffin confiesa que su isla era *la misma isla de mi abuelo, por así tenida durante años en mi familia. Se trataba de la Isla de la Desolación en la que apareció un extraño y fantástico monstruo inerte hacia quinientos años, pues tal rezaban los titulares de la prensa de la época, con la que se hizo mi abuelo entonces, y que aún conservo, dijo Griffin, que tachaban de monstruoso, así, el hallazgo* (p.17).

Habla del hallazgo del autómeta, descubierto en 1919, por **Graciela Pavic**, directora del Museo Salesiano de Punta Arenas. Hasta allí, a Punta Arenas, llegaron en su viaje de novios **Arnaldo Aguiar**, abuelo de Griffin el narrador, e **Irene** su esposa, la abuela. De todo ello queda sólo una foto...*en la que -leemos-los abuelos maternos de Griffin, resplandecientes, sonrían ante la cámara abrazando por uno y otro extremo, como a un amigo, a esa especie de autómeta de metal con apariencia de guerrero desfigurado y rostro inquietante y mirada fija.*

En el reverso de la foto se lee: “*Punta Arenas, 1923. Museo Salesiano Regional. Muñeco de la Isla de la Desolación, abandonado durante quinientos años. Da miedo*”.*[[Cuando llegó esta foto a mi poder, dijo Griffin, yo ya amaba las islas y las dibujaba en mi juego de inventor de lugares. Hasta que también la foto acabó por ser invisible. La invisibilidad se convirtió en un factor que, al igual que la foto, sobrevolaba mi infancia y mi vida toda: llamarse como el Hombre Invisible es una carga pesada y una herencia que no sabía adónde conducirla.]]* (p.19).

Graciela Pavic aparece como una mujer misteriosa, sumida en una honda tragedia familiar: su marido, Arturo Bagnoli y sus dos hijos, de siete y nueve años, habían muerto cuando navegaban en su embarcación familiar. Su constante peregrinar tratando de hallar los cuerpos desaparecidos tendría un desenlace especial para Graciela Pavic: el hallazgo del autómeta. La misteriosa mujer tendrá para Oliver Griffin una presencia extraña, creativa: *Oliver pensaba siempre en Graciela Pavic, o más bien se la inventaba, pues era obvio que no la había conocido, y ponía en ella el símbolo de la desolación, ya que, tal como dijo, etimológicamente desolación era ausencia de consuelo* (p.21).

La fotografía se convierte así en la *magdalena de Proust*, en el recurso del *manuscrito encontrado*, plástico en este caso, que dará lugar a toda la narración, esencialmente oral, en la que, salvo raras y especiales excepciones, no existen los diálogos. A cambio se observa un constante y variado empleo del de verbo *dicendi*, soporte lingüístico imprescindible para Oliver Griffin, el narrador de una compleja trama.

Desarrollo temático

La obsesión de Oliver Griffin por conocer los lugares en los que estuvieron sus abuelos de luna de miel y el afán por descubrir la Isla de la Desolación, son el camino literario que sigue la novela, crónica de un viaje marítimo hacia una Ítaca psicológica, La que Oliver Griffin ha soñado al dibujar sus islas y ha descubierto en la foto de sus abuelos.

Como no podía ser menos, **la foto** aparece de forma fortuita, con la aureola del misterio esperado: *Pero el caso es que llegó a mis manos y la retuve como si la hubiera esperado siempre, porque me pareció una foto callada, sutilmente adecuada para inducir al misterio y al deseo, llevándome enseguida a imaginar de manera constante un lugar mítico, inexistente y ficticio hasta hace muy poco tiempo, [[casi diría que hasta que no decidí hacer el viaje de mis abuelos, un lugar ése que me atraía y del que me faltaba la llamada oportuna, la excusa final para dar sentido a lo que está escrito en el reverso de la foto y que en mi juventud fue motivo de un extravagante y sinfónico exotismo, como dicen los versos de aquel poeta marino, Brauquier: “Para nosotros que no hemos visto nada, hay en el mapa del mundo nombres de ciudades que flotan en los labios como olores exóticos]](p.19).*

Busca la huella **familiar** de sus abuelos (especialmente la de su abuelo, mago, denominado en los ambientes artísticos “El Gran Samini”) y recrea lo que fue el matrimonio de sus padres. Pero busca también la presencia **lírica y sentimental** de Graciela Pavic y la existencia **casi irreal** del Autómata.

La narración toma cuerpo desde una doble perspectiva, desde el presente y hacia el pasado. En primer lugar, el **presente**, en ese viaje que Oliver Griffin lleva a cabo en el barco *Minerva Janela*, y que se convierte en un homenaje a *Moby Dick* y a la literatura del mar, en el que no faltan pasajes apasionantes y

románticos. El **pasado** ofrece a su vez una *triple* mirada: el **pasado próximo**, de condición afectiva, protagonizado por el abuelo de Oliver Griffin (la abuela presenta una relevancia mínima) y la propia biografía del narrador, con la historia de sus amores y la separación de sus padres. El **pasado lejano** toma cuerpo en la presencia de Graciela Pavic, sumida en la locura. La tercera mirada es el **pasado histórico, erudito**, con la recreación de los inventores del autómeta en la Praga del siglo XVI. Y con ellos el ejército de autómetas con el que Carlos V pretende defender el Estrecho de Magallanes. Una divertida quimera, que es clave obviamente para la aparición del muñeco mecánico. No falta una visión muy peculiar de las relaciones humanas de los descubridores, de curiosa condición en el caso de Magallanes, dominando por un *amor nefando*.

El milagro del autómeta, posible sustrato temático.

Par el correcto desarrollo temático hay que tener en cuenta una observación del narrador:

En realidad toda esta historia del autómeta es una historia de amores, dijo resuelta e inesperadamente Griffin antes de enumerar el amor etéreo por Madeira, el amor dulce de Graciela por Arturo Bagnoli, el amor largo de sus abuelos, el amor inmenso por Fabienne, el amor absurdo por la Isla de la Desolación, el amor loco de Graciela por el autómeta, el amor prohibido que tuvo por Li Pao...Y de otros amores quiso hablar una vez más (149).

Dentro las múltiples y sugestivas ramificaciones temáticas de la obra (de imposible e innecesaria síntesis en mis palabras) **el personaje de Graciela Pavic se convierte en el tronco principal**. En ella confluyen sentimientos humanos de intenso afecto, como es la pasión por su marido Arturo Bagnoli y el cariño por sus hijos. Sin que falte su romántico amor por Arnaldo Aguiar, “El Gran Samini”, el abuelo de Oliver Griffin, el narrador. Pero la muerte de su familia transforma a esta mujer, en obsesión andante en pos del recuerdo de sus hijos. El hallazgo del autómeta, el día de Reyes de 1919, es el hallazgo de una nueva vida:

Aunque parezca mentira, dijo Griffin, Graciela experimentó en ese instante un sentimiento extraño, de poderosa e irreprimible atracción. Se compadeció, o mejor aún, por absurdo que sea, se enamoró ese día de aquel cuerpo de metal que encerraba a cal y canto un secreto, pero inmediatamente se arrepintió de siquiera haberlo pensado.

Pero la duda sigue: ¿No era entonces ella también una especie de autómeta con alma, desde aquel día maldito de verano de 1918? Sin embargo intuyó, no sin vergüenza y con mucha aversión racional, que ese autómeta inconcebible podía ser el cabo de cuerda que la sacara del pozo de su dolor, el nuevo sentido de su vida. Y luego añadió Griffin: acabó convirtiéndolo en el centro de su universo, como se deduce de las cartas que escribió (p.143).

*No es la única observación de su proceso sentimental: Después de haber estado contemplándolo largo rato, y de sufrir esa especie de inexplicable impulso amoroso (p.215) el autómeta será para ella una nueva luz. Lo rescata de la tierra en la que está anegado, lo limpia y lo restaura para albergarlo en el museo que dirige. Pero, dada su condición humanoide y el estado de locura de Graciela Pavic (que rechazará el amor apasionado de **Esteban Ravel**, su protector) el autómeta se transforma en destinatario de sus obsesiones afectivas. Aunque, curiosamente, el autómeta carece de la pieza fundamental, el corazón. He ahí el drama (p.219)*

Un viaje de confirmación y de descubrimiento.

. El viaje de Oliver Griffin es un viaje cargado de simbolismo. Es en primer lugar un viaje iniciático, pero es también un viaje de retorno a su Ítaca particular y psicológica: Era la llegada a mi Tierra Prometida particular, la llegada a mi Ítaca privada, Ulises como me sentí, Ulises como Sarmiento se creyó (...).

Pero mi Ítaca no eran aquellas aguas, mi verdadera Ítaca era mi isla, la Isla de la Desolación. Entonces me pregunté qué iba a hacer allí cuando llegase, cuando dentro de unos días, repuesto de mi accidente, repuesto de mis búsquedas y aclarado

mi destino, decidiera ver la manera de arribar, lo más solo que pudiera, a la isla que dibujo y amo (p.407).

. En *segundo lugar*, su periplo será un homenaje a sus abuelos, verdaderos inductores de su experiencia. Sin aquella fotografía de la que arranca la obra, Oliver Griffin no se hubiera lanzado a la aventura ultramarina, para cumplir sus sueños de hallar la Isla de la Desolación.

Por ello, en el capítulo 38, uno de los finales de la obra, se describe la llegada de Oliver Griffin al hotel de Cabo de Hornos, en el que en 1923 estuvieron sus abuelos, Arnaldo Aguiar e Irene Ortega. Pero la recuperación de lo pasado va mucho más allá: en el hotel descubrirá que estuvo actuando su abuelo, el Gran Samini, como se observa en el “Libro de Espectáculos y Variedades” del establecimiento hostelero. Seguramente, según las cartas, allí fue donde Graciela Pavic se enamoró del Gran Samini.

. En *tercer lugar*, además del descubrimiento de su isla y del espacio provisional de sus abuelos, Oliver Griffin va a llevar a cabo un acto de desagravio. En la foto están presentes los abuelos y lo está el autómata que Graciela Pavic había descubierto, restaurado y amado con intenso cariño. Con su muerte, ha muerto el mito y el misterioso autómata es ahora un trasto inservible y polvoriento, arrinconado en el Museo Salesiano Regional, en la sección dedicada a Graciela Pavic. Entre ellos se encuentran los borradores de las cartas de amor que Graciela envió al abuelo, el Gran Samini. *Semienvuelto en aquel lienzo, parecía una piedra totémica en espera de ser movida, de ser trasladada, de ser plantada en un jardín o lanzada al fondo de un río o del mar, para que fuese una piedra más de las muchas de las muchas que allí habría y así perteneciese, eternamente, a la inmovilidad del tiempo. Parecía también un sudario, y pensé en lo pétreo de los muertos (442)*

No es extraño que Oliver Griffin (que siempre ha presumido de su condición de invisible) se identifique con el autómata: *Cuando lo vi, intuí esa familiar condición común de ser los dos de piedra, el autómata y yo, y por tanto invisibles para ser visibles, unidos por fin, de algún modo especial, entre nosotros.*

Oliver Griffin, se encuentra **llamado a restaurar el honor del autómeta**, que es, a fin de cuentas, el honor de la Historia en la figura de los visionarios de Praga, especialmente Melvicio, que lo habían construido en 1580. Y es el honor de los monarcas españoles que lo utilizaron como parte del ejército. Pero es, sobre todo, el recuerdo del honor de Graciela Pavic que encontró en el muñeco articulado el símbolo del afecto y el alivio del dolor por su familia muerta. Si la *historia del autómeta* - decía Griffin- *es una historia de amores...* también podemos afirmar que es una historia de honor, por lo que el muñeco articulado representa en lo en lo afectivo, en lo humano, en lo erudito, en lo mítico...

Por ello, una vez robado del museo con la ayuda de su amigo Nemo Caporale, Oliver Griffin, va a cumplir un triple objetivo: lanzar a las aguas del mar el cuerpo de Branco (el capitán del barco *Minerva Janela*, que acaba de suicidarse), restituir el autómeta al espacio en el que fue descubierto y cumplir su sueño de descubrir la Isla de la Desolación.

* * *

En el **último capítulo** convergen varios aspectos. Oliver Griffin no volverá a dibujar su Isla de la Desolación. Ha terminado con sus obsesiones. En Punta Arenas ha finalizado una etapa de su vida. Sólo le quedan los recuerdos. Por eso, al cabo de cinco años, ha vuelto a Madeira, con la secreta pero imposible esperanza de ver a alguno de los personajes que le acompañaron en la experiencia que acaba de contar al escritor. Tal vez sólo le queda contarlo, que será la única forma de darle vida eterna a través de la creación literaria. Pero, como en el juego de las muñecas rusas, la novela no parece tener fin.

“Adiós, dijo. O creo que dijo. Porque...” (...) *La mañana del viernes 21 de enero, del año en que comenzaba el siglo, día de Santa Inés, Oliver Griffin desaparece. Han pasado tres semanas desde que se presentó ante el escritor. De nada servirán sus esfuerzos, buscándolo afanoso por las calles de Funchal. De ahí su infundamentada obsesión por encontrarlo: Creí ver marcharse a un amigo, a alguien conocido de toda la vida, y, sin embargo, en realidad, aquel hombre no era nadie para mí, ni*

siquiera tenía su dirección, ningún teléfono, ninguna referencia, salvo sus historias.

[[No me daba cuenta de cuán lejos empezaba a estar ya para mí, cuán atrás quedaba. Atrás o adelante, no lo sé, pero en otro espacio diferente, abismal, enorme. Era el espacio de sus pródigas historias llenas de aventuras, reales o no, verdaderas o falsas, qué más me daba si en realidad había sido en suma una historia fabulosa, con mutaciones propias de un cuerpo en creación, de un embrión gestándose en el interior de su inescrutable mente]] (p.476).

Es naturalmente una bella alegoría del milagro de la ficción, y un autoexamen de conciencia creativa: *Finalmente, al cabo de un tiempo, alcancé a entender su desaparición como el simple agotamiento de su relato. Punto final, corte abrupto, cierre del libro. Esa era todo, ni más ni menos (p. 477).*

Por eso, el narrador se encierra en su hotel para escribir la experiencia, que es la novela que el lector está finalizando: *como un escriba fiel y anónimo, traté de retener cada palabra que me había dicho, me afanaba en volver a oír su voz dentro de mí y tomé nota sin parar de todo lo que me contó, cuyo testimonio tiene ante sí el lector.*

El juego de las líneas finales es sorprendente. La narración ha sido tan intensa, apasionante y tan vívidamente compartida que **ha transformado al escritor**. Fundido con Oliver Griffin, ha quedado fagocitado por él, convertido en un imitador. Casi en un **autómata creativo**, a las órdenes del fabuloso narrador oral que ha sido Oliver Griffin. Sumido en una locura semejante a la fértil locura de Don Quijote después sus lecturas vitales de las novelas de caballerías:.

Ahora mi único deseo es ir a la Isla de la Desolación; he empezado a dibujar inconscientemente su contorno en un papel, sin pensar; ahí están sus fiordos, sus cabos, sus costas. Es fácil trazar su picuda forma como rayados surcos, incluso con un dedo, sin que la línea se perciba. Pero creo que todos trazamos contornos invisibles de islas invisibles ¿Se habrá vuelto Griffin ya invisible realmente? ¿Me haré invisible también yo? ¿Acaso los dos no lo hemos sido siempre?.

Evidentemente, no. Como ustedes pueden comprobar La presencia del autor, de Adolfo García Ortega es incuestionable.